

GRAN MALETA

Todas están expectantes, pues todas quieren conocer a la nueva postulante, desde la madre superiora, pasando por la maestra de novicias, hasta la más joven monja del convento. Entran todas en el templo y, como si fuesen sordomudas, en un silencio sobrecogedor, nadie se atreve a pronunciar palabra. La primera en introducirse es la nueva novia de Dios, que será esposa, si todo sale bien, en breve tiempo. Va arrastrando una gran maleta, su enorme equipaje con el que le ha llenado la vida. Todas sus experiencias pasadas, que están encerradas en la bolsa naranja, nutrirán tantas venideras tardes de silenciosa soledad. No sin esfuerzo, coloca la maleta encima del altar y se dispone a abrirla, ante la mirada curiosa de sus nuevas compañeras de existencia. Descorre la cremallera y lo primero que saca es un impermeable con unas botas de agua y con un paraguas. Es la superiora la que coge esta indumentaria y en un breve período de tiempo se la coloca sobre su cuerpo. Mientras tanto, la joven extrae un vestido de institutriz con un delantal, el cual va a parar a manos de la maestra de novicias, la que en un momento se viste con ello. Y, por último, la recién llegada selecciona un sofisticado vestido y se lo da a la más joven monja del convento, que se acicala con él en un santiamén. Toca la campana de la iglesia las doce y, en la hora de El Ángelus, las tres monjas empiezan a bailar y a cantar por todo el templo, como si de un musical se tratara. La superiora, haciendo caso omiso de las supersticiones, abre el paraguas en un lugar cerrado y comienza a tararear el tema principal de Gene Kelly en Cantando bajo la Lluvia. Es entonces cuando la maestra de novicias entona la canción que canta Julie Andrews en la majestuosa colina que custodia el convento, en donde la protagonista del film va a profesar sus votos.

Y para finalizar el concierto, la monja más joven de la comunidad se pone el maravilloso vestido con el que Audrey Hepburn deslumbra a los ancianos profesores en *Mi Bella Dama* y comienza a declamar “La lluvia en Sevilla es una pura maravilla”. Acaba *El Ángelus* y finaliza también la oración de las cuatro enamoradas de Dios, hecha con retazos de la vida de la postulante. La joven recoge la indumentaria dada a las tres monjas y la vuelve a colocar en la maleta y, acto seguido, cierra la cremallera del equipaje, el cual nunca más podrá abrir jamás. Tras coger la maleta, se dirige a la sacristía y allí deposita la bolsa naranja al lado de otras tantas bolsas, de otras tantas mujeres que la precedieron. Tras salir del lugar, llega la hora de vivir la soledad del convento, soledad llena de las vivencias de la gran maleta, que ahora se encuentran en sus corazones y en el recinto sagrado.